

ella y sus estudiantes de Göteborg debo en gran medida la organización del material que, además, había sido presentado en el Departamento de Sistemas de la Información de la London School of Economics en los inviernos de 1999, 2000 y 2001. Cuando mi viejo amigo Steve Woolgar, con el auspicio de la Saïd Business School, me pidió que diera las conferencias Clarendon en el otoño de 2002, escribí otro borrador que desde entonces fue analizado con distinto grado de atención por Andrew Barry, Howie Becker, Geof Bowker, François Cooren, Didier Debaise, Gerard de Vries, Emile Gomart, Fabian Muniesa, Noortje Marres, Shirley Strum, Albena Yaneva, Benedikte Zitouni y Edgar Whitley, y que tuvo como resultado esta nueva versión. Finalmente fue sometido a una segunda ronda de críticas por Michael Flower, Jean-Toussaint Leca, Michael Lynch, Paolo Quattrone, Isabelle Stengers y Eduardo Vargas. Todos los defectos que aun pueden haber quedado *son* suyos y no míos.

Pero mi mayor deuda es con los estudiantes de doctorado que han participado a lo largo de los años en mis “talleres de escritura de tesis”. En una disciplina en la que nunca recibí formación pero en la que nunca perdí las esperanzas de realizar una contribución, ellos han sido mis mejores y más pacientes maestros.

Espero que esta génesis tan prolongada e idiosincrásica ayude a explicar por qué este trabajo es tan dogmático. Ahora que esta teoría social alternativa ha sido presentada de manera ordenada, los lectores podrán optar por utilizarla, distorsionarla hasta el punto de que sea irreconocible o, lo más probable, dejarla completamente de lado, pero a sabiendas de lo que se trata. En cuanto a mí, al escribir este libro finalmente descubrí las condiciones bajo las cuales podría estar orgulloso de que se me considere un sociólogo.

Introducción: cómo retomar la tarea de rastrear asociaciones*

[...] *avant tout, l'amour vif et joyeux du sujet*

GABRIEL TARDE

El razonamiento de este libro puede expresarse de modo muy simple: cuando los científicos sociales agregan el adjetivo “social” a algún fenómeno designan un estado de cosas estabilizado, un conjunto de vínculos que, luego, podrá ser puesto en juego para explicar algún otro fenómeno. Este uso del término no tiene nada de malo mientras designe lo que *ya* está ensamblado, sin hacer supuestos superfluos acerca de la *naturaleza* de lo que está ensamblado. Pero surgen problemas cuando “social” comienza a significar un tipo de material, como si el adjetivo fuera comparable en términos generales a otros calificativos como “de madera”, “de acero”, “biológico”, “económico”, “mental”, “organizativo” o “lingüístico”. En ese punto, el significado de la palabra se descompone dado que ahora designa dos cosas enteramente diferentes: primero, un movimiento en un proceso de ensamblado y,

*Para las notas se utilizó un formato de referencias abreviado; la bibliografía completa aparece al final del volumen. Este libro más bien austero puede leerse paralelamente con *Paris ville invisible*, de Bruno Latour y Emilie Hermant (1998), libro mucho más ágil que trata de cubrir el mismo terreno a través de una sucesión de ensayos fotográficos. Está disponible en Internet en inglés (*Paris the Invisible City*) en <http://bruno.latour.name>.

segundo, un tipo específico de ingrediente que supuestamente difiere de otros materiales.

Mi propósito en esta obra es mostrar por qué lo social no puede ser considerado como un tipo de material o dominio y cuestionar el proyecto de dar una “explicación social” de algún otro estado de cosas. Si bien ese proyecto ha sido productivo y probablemente necesario en el pasado, en gran medida ha dejado de serlo gracias al éxito de las ciencias sociales. En la actual etapa de su desarrollo, ya no es posible inspeccionar los ingredientes precisos que entran en la composición del dominio social. Lo que quiero hacer es redefinir la noción de lo social regresando a su significado original y restituyéndole la capacidad de rastrear conexiones nuevamente. Entonces será posible retomar el objetivo tradicional de las ciencias sociales, pero con herramientas más adecuadas a la tarea. Después de desarrollar una labor exhaustiva al examinar los “ensamblados” de la naturaleza, creo necesario escudriñar minuciosamente el contenido preciso de lo que está “ensamblado” bajo el paraguas de una sociedad. Ésta me parece que es la única manera de ser fiel a los viejos deberes de la sociología, esta “ciencia del vivir juntos”.¹

Un proyecto de estas características implica, sin embargo, una redefinición de lo que comúnmente se entiende por esa disciplina. Traducida tanto del latín como del griego, la palabra “sociología” significa la “ciencia de lo social”. La expresión sería excelente salvo por dos problemas, a saber, el término “social” y el término “ciencia”. Las virtudes que hoy en día les reconocemos a las empresas científicas y técnicas guardan escasa relación con lo que los fundadores de las ciencias sociales tenían en mente cuando inventaron sus disciplinas. Cuando la modernización estaba en pleno auge, la ciencia era un impulso poderoso que debía pro-

longarse indefinidamente, sin dudas que pudieran trabar sus avances. No se tenía idea de que su extensión pudiera hacer coincidir sus límites con los del resto de los intercambios sociales. Lo que querían decir con “sociedad” ha sufrido una transformación no menos radical, lo que se debe en gran medida a la expansión misma de los productos de la ciencia y la tecnología. Ya no está claro si existen relaciones que sean lo suficientemente específicas como para que se las llame “sociales” y que puedan agruparse para conformar un dominio especial que funcione como “una sociedad”. Lo social parece estar diluido en todas partes, y sin embargo en ninguna parte en particular. De modo que ni la ciencia ni la sociedad se han mantenido lo suficientemente estables como para cumplir con la promesa de una “socio-logía” sólida.

Pese a esta doble metamorfosis, son pocos los científicos sociales que han sacado la conclusión extrema de que tanto el objeto como la metodología de las ciencias sociales deben ser modificados en concordancia. Después de haber caído en la desilusión tantas veces, aún esperan alcanzar un día la tierra prometida de una verdadera ciencia de un verdadero mundo social. No hay estudiosos más conscientes de esta dolorosa vacilación que quienes, como yo, han pasado muchos años practicando este oxímoron: “sociología de la ciencia”. Debido a las muchas paradojas provocadas por este subcampo vivaz pero más que ligeramente perverso y a los numerosos cambios en el significado de “ciencia”, creo que ha llegado el momento de modificar lo que se busca expresar con “social”. Por lo tanto quiero idear una definición alternativa de “sociología”, pero al mismo tiempo retener esta etiqueta útil y mantenerme fiel, espero, a su vocación tradicional.

¿Qué es una sociedad? ¿Qué significa la palabra “social”? ¿Por qué se dice que algunas actividades tienen una “dimensión social”? ¿Cómo puede demostrarse la presencia de “factores sociales”? ¿Cuándo es buena una investigación de la sociedad o de otros agregados sociales? ¿Cómo puede alterarse el rumbo de una sociedad? Para responder a estas preguntas se han adoptado dos enfoques muy diferentes. Sólo uno de ellos se ha convertido en sentido común, el otro es el objeto de esta obra.

La primera solución ha sido postular la existencia de un tipo específico de fenómeno llamado “sociedad”, “orden social”, “práctica social”, “dimensión social” o “estructura social”. En el

1. Esta expresión es explicada en Laurent Thévenot (2004), “A science of life together in the World”. Este orden lógico –los ensamblados de la sociedad siguiendo los de la naturaleza– es exactamente lo contrario de cómo yo llegué a verlo. Los libros gemelos –Bruno Latour (1999), *Pandora's Hope: Essays on the Reality of Science Studies* y Bruno Latour (2004), *Politics of Nature: How to Bring the Sciences into Democracy*– fueron escritos mucho después de que mis colegas y yo desarrolláramos una teoría social alternativa para abordar los nuevos enigmas descubiertos luego de realizar nuestro trabajo de campo en ciencia y tecnología.

último siglo, en el que se han elaborado teorías sociales, ha sido importante distinguir este dominio de la realidad de otros, tales como la economía, la geografía, la biología, la psicología, el derecho, la ciencia y la política. Se decía que determinado aspecto era “social” o “perteneciente a la sociedad” cuando podía definirse como poseedor de propiedades específicas, algunas negativas –no debe ser “puramente” biológico, lingüístico, económico, natural– y otras positivas: debe lograr, reforzar, expresar, mantener, reproducir o subvertir el orden social. Una vez definido este dominio, no importa lo vago de la definición, entonces podía utilizarse para echar algo de luz sobre fenómenos específicamente sociales –lo social podía explicar lo social– y aportar un cierto tipo de explicación para aquello de lo que no pudieran dar cuenta los otros dominios: la apelación a “factores sociales” podía explicar los “aspectos sociales” de fenómenos no sociales.

Por ejemplo, si bien se reconoce que el derecho tiene su propio peso, algunos aspectos de éste se entienden mejor si se le agrega una “dimensión social”; si bien las fuerzas económicas se despliegan siguiendo su propia lógica, también existen elementos sociales que explicarían el comportamiento algo errático de los agentes económicos; si bien la psicología se desarrolla de acuerdo con sus propios impulsos interiores, se puede decir que algunos de sus aspectos más desconcertantes atañen a “influencias sociales”; aunque la ciencia posee su propio ímpetu, algunos rasgos de sus emprendimientos necesariamente están “afectados” por las “limitaciones sociales” de los científicos que están “insertos en el contexto social de su tiempo”; si bien el arte es en gran medida “autónomo”, también está “influido” por “consideraciones” sociales y políticas que podrían explicar algunos aspectos de sus obras maestras más famosas, y si bien la ciencia de la administración obedece a sus propias reglas, quizá sea aconsejable también considerar “aspectos sociales, culturales y políticos”, que podrían explicar por qué algunos principios organizativos razonables nunca se aplican en la práctica.

Se pueden encontrar muchos otros ejemplos, dado que esta versión de la teoría social se ha convertido en la posición por defecto de nuestro *software* mental, que toma en consideración lo siguiente: a) existe un “contexto” social en el que se dan las actividades no sociales; b) es un dominio específico de la realidad; c) puede ser utilizado como un tipo específico de causalidad para

explicar los aspectos residuales que otros dominios (psicología, derecho, economía, etc.) no pueden manejar completamente; d) es estudiado por especialistas llamados sociólogos o socio-(x), “x” representa las diversas disciplinas; e) dado que los agentes comunes siempre están “dentro” de un mundo social que los abarca, en el mejor de los casos pueden ser “informantes” sobre este mundo y, en el peor, ser ciegos a su existencia, cuyo efecto pleno sólo es visible para la mirada más disciplinada del científico social; f) no importa lo difícil que sea realizar esas investigaciones, es posible lograr con ellas algo similar a los éxitos de las ciencias naturales al ser tan objetivos como otros científicos, gracias al uso de herramientas cuantitativas; g) si esto fuera imposible, entonces se deben idear métodos alternativos que tomen en cuenta los aspectos “humanos”, “intencionales” o “hermenéuticos” de aquellos dominios, sin abandonar el *ethos* de la ciencia; h) y cuando se pide a los científicos sociales que den asesoramiento experto sobre ingeniería social o que acompañen el cambio social, puede surgir de estos estudios algún tipo de relevancia política, pero sólo cuando se haya acumulado suficiente conocimiento.

Esta posición aceptada se ha convertido en sentido común no sólo para los científicos sociales sino también para los actores comunes a través de los diarios, la educación universitaria, la política partidista, las conversaciones en bares, las historias de amor, las revistas de moda, etc.² Las ciencias sociales han difundido su definición de sociedad de modo tan efectivo como las empresas de servicios públicos ofrecen la electricidad y las comunicaciones telefónicas. Los comentarios sobre la “dimensión social” inevitable de lo que todos hacemos “en la sociedad” se han vuelto tan familiares como usar un teléfono celular, pedir una cerveza o invocar el complejo de Edipo, al menos en el mundo desarrollado.

El otro abordaje no da por sentado la afirmación básica del primero. Sostiene que el orden social no tiene nada de específico; que no existe ninguna dimensión social de ningún tipo, ningún “contexto social”; ningún dominio definido de la realidad al que

2. Uno de tantos indicadores de esta influencia es la difusión de la palabra “actor”, cuya vaguedad mantendré un poco más. Véase pág. 73.

pueda atribuirse la etiqueta de “social” o sociedad”; que no existe ninguna “fuerza social” que pueda “explicar” los aspectos residuales de las que otros dominios no logran dar cuenta; que los miembros saben muy bien lo que hacen aunque no lo expresen de modo satisfactorio para los observadores; que los actores nunca están insertos en un contexto social y por lo tanto son siempre mucho más que “meros informantes”; que entonces no tiene ningún significado agregar algunos “factores sociales” a otras especialidades científicas; que la relevancia política obtenida a través de una “ciencia de la sociedad” no es necesariamente deseable; y que la “sociedad”, lejos de ser el contexto “en el que” todo está enmarcado, debe concebirse en cambio como uno de los muchos elementos de conexión que circulan dentro de conductos diminutos. Con algo de provocación, esta segunda escuela de pensamiento podría utilizar como consigna, aunque por razones muy diferentes, aquella famosa exclamación de la señora Thatcher: “¡No hay tal cosa como una sociedad!”.

Si son tan diferentes, ¿cómo podrían ambas sostener que son una ciencia de lo social y aspirar a usar la misma etiqueta de “sociología”? A primera vista, deberían ser simplemente inconmensurables, dado que la segunda posición toma como el mayor acertijo a resolver lo que la primera toma como su solución, a saber, la existencia de vínculos sociales específicos que revelan la presencia oculta de fuerzas sociales específicas. Desde el punto de vista alternativo, “social” no es un pegamento que pueda arreglar todo, incluyendo lo que otros tipos de pegamento no pueden arreglar; es *lo que* está pegado por muchos *otros* tipos de conectores. Mientras los sociólogos (o los socioeconomistas, sociolingüistas, psicólogos sociales, etc.) consideran los agregados sociales como lo dado que debe echar algo de luz sobre los aspectos residuales de la economía, la lingüística, la psicología, la administración y demás, estos otros estudiosos, por el contrario, consideran los agregados sociales como aquello que debería ser explicado por las *asociaciones* específicas provistas por la economía, la lingüística, la psicología, el derecho, la administración, etc.³

3. Usaré la expresión “sociedad u otros agregados sociales” para cubrir la gama de soluciones que se da a lo que más adelante llamaré la “primera

No obstante, el parecido entre los dos abordajes parece mucho mayor si se tiene en cuenta la etimología de la palabra “social”. Si bien la mayoría de los científicos sociales preferiría llamar “social” a una cosa homogénea, es perfectamente aceptable designar con el mismo término una sucesión de *asociaciones* entre elementos heterogéneos. Dado que en ambos casos la palabra retiene el mismo origen —de la raíz latina *socius*—, es posible mantenerse fiel a las intuiciones originales de las ciencias sociales al redefinir la sociología no como la “ciencia de lo social” sino como el *rastreo de asociaciones*. En este significado del adjetivo, lo social no designa algo entre otras cosas, como una oveja negra entre ovejas blancas, sino *un tipo de relación* entre cosas que no son sociales en sí mismas.

Al principio esta definición parece absurda dado que corre el riesgo de diluir la sociología de tal modo que signifique cualquier tipo de agregado, desde enlaces químicos hasta legales, desde fuerzas atómicas hasta cuerpos colegiados, desde ensamblados fisiológicos hasta políticos. Pero éste es precisamente el punto que esta rama alternativa de la teoría social quiere establecer, que todos esos elementos heterogéneos *podrían ser reensamblados* en algún estado dado de cosas. Lejos de ser una hipótesis inconcebible, es por el contrario la experiencia más común al enfrentar el desconcertante rostro de lo social. Se comercializa una nueva vacuna, se ofrece un nuevo puesto de trabajo, se crea un nuevo movimiento político, se descubre un nuevo sistema planetario, se vota una nueva ley, ocurre una nueva catástrofe. En cada instancia tenemos que reordenar nuestras concepciones de lo que estaba asociado porque la definición previa se ha vuelto en alguna medida irrelevante. Ya no estamos seguros de qué significa “nosotros”; parece que estamos ligados por “vínculos” que no parecen vínculos sociales comunes.

fuerza de incertidumbre” y que se refiere a la naturaleza de los grupos sociales. No apunto especialmente aquí a las definiciones “holistas”, dado que, como veremos, las definiciones “individualistas” o “biológicas” son igualmente válidas. Véase pág. 47.

El significado de social en constante encogimiento

Hay una tendencia etimológica clara en las variaciones sucesivas de la familia de palabras de “social” (Strum y Latour, 1987). Va de lo más general a lo más superficial. La etimología del término “social” también es instructiva. La raíz es *seq-*, *sequi* y el primer significado es “seguir”. El latín “*socius*” denota un compañero, un asociado. A partir de los diferentes idiomas, la genealogía histórica de la palabra “social” se entiende primero como seguir a alguien, luego enrolarse y aliarse y, finalmente, tener algo en común. El siguiente significado de social es participar de un emprendimiento comercial. “Social” tal como se utiliza en “contrato social” es un invento de Rousseau. “Social” en el sentido de problemas sociales, la cuestión social, es una innovación del siglo XIX. Palabras paralelas tales como “sociable” refieren a capacidades que permiten a los individuos vivir amablemente en sociedad. Como puede verse por las derivaciones del término, el significado de social se encoje con el paso del tiempo. A partir de una definición que abarca todas las asociaciones, ahora tenemos, en el habla común, un uso que se limita a lo que queda *después* de que la política, la biología, la economía, el derecho, la psicología, la administración, la tecnología, etc., se han llevado su propia parte de las asociaciones.

Debido a este constante encogimiento del significado (contrato social, cuestión social, trabajadores sociales) tendemos a limitar lo social a los humanos y las sociedades modernas, olvidando que el dominio de lo social es mucho más extenso que eso. De Candolle fue el creador de la *cientométrica* –el uso de estadísticas para medir la actividad de la ciencia– y, al igual que su padre, fue un *sociólogo de las plantas* (Candolle, 1873-1987). Para él los corales, los mandriles, los árboles, las abejas, las hormigas y las ballenas también son sociales. Este significado extendido de social ha sido reconocido por la *sociobiología* (Wilson, 1975). Desgraciadamente esta empresa sólo ha servido para confirmar los peores temores de los científicos

sociales respecto de extender el significado de social. Sin embargo, es perfectamente posible detener la extensión sin creer demasiado en la definición muy restringida de “agencia” que se atribuye a los organismos en muchos panoramas sociobiológicos.

Así, el proyecto general de lo que supuestamente debemos hacer juntos es puesto en duda. El sentido de pertenencia ha entrado en crisis. Pero para registrar esta sensación de crisis y seguir estas nuevas conexiones es necesario idear una nueva noción de social. Tiene que ser *mucho más amplia* que aquello a lo que generalmente se llama por ese nombre, pero *estrictamente limitada* al rastreo de nuevas asociaciones y al diseño de sus ensamblados. Ésta es la razón por la que voy a definir lo social, no como un dominio especial, un reino específico o un tipo de cosa particular, sino como un movimiento muy peculiar de reasociación y reensamblado.

Desde ese punto de vista, el derecho, por ejemplo, no debe verse como lo que debe explicarse por la “estructura social” además de por su lógica interna; por el contrario, su lógica interna puede explicar algunos rasgos de lo que hace que una asociación dure más y se extienda ampliamente. Sin la capacidad que tienen los precedentes legales de establecer conexiones entre un caso y una regla general, ¿qué podríamos saber acerca de poner un asunto “en un contexto mayor”?⁴ La ciencia no debe ser reemplazada por su “marco social”, que es “modelado por fuerzas sociales” además de por su propia objetividad, porque sus objetos mismos dislocan cualquier contexto dado a través de los elementos foráneos que los laboratorios de investigación están asociando de maneras impredecibles. Los que fueron colocados en cuarentena debido al virus del SARS descubrieron dolorosamente que ya no podrían “asociarse” con sus familiares y al mismo tiempo fueron asociados debido a la mutación de este pequeño bicho cuya existencia ha sido revelada por la vasta institución de

4. Patricia Ewick y Susan S. Silbey (1998), *The Common Place of Law*, y la contribución de Silbey a Bruno Latour y Peter Weibel (2005), *Making Things Public: Atmospheres of Democracy*.

la epidemiología y la virología.⁵ No es necesario “explicar” la religión por fuerzas sociales porque en su definición misma —en su mismo nombre— vincula entidades que no son parte del orden social. Desde los tiempos de Antígona, todos saben lo que significa ponerse en movimiento por orden de dioses que son irreducibles a políticos como Creonte. No es necesario colocar las organizaciones en “un marco social más amplio” ya que por sí mismas dan un significado muy práctico a lo que significa estar incluido en un conjunto de cosas “más amplio”. Al fin de cuentas, ¿qué viajero sabría a qué puerta dirigirse en un aeropuerto sin mirar ansiosa y repetidamente el número impreso en la tarjeta de embarque y marcado en rojo por un empleado de la aerolínea? Sería inútil revelar las “oscuras fuerzas ocultas de la sociedad” detrás de la charlatanería superficial de los políticos, dado que sin esos mismos discursos se perdería una gran parte de lo que entendemos como ser parte de un grupo. Sin las contradictorias peroratas de los bandos enfrentados en la guerra en Iraq, ¿quién en la parte “ocupada” o “liberada” de Bagdad sabría distinguir al amigo del enemigo?

Y lo mismo vale para los demás dominios.⁶ Mientras que con el primer enfoque toda actividad —derecho, ciencia, tecnología, religión, organización, política, administración, etc.— podría ser relacionada con los mismos agregados sociales que se encuentran *detrás* de todas ellas, y ser explicada además por esos agregados, en la segunda versión de la sociología *nada* hay detrás de esas actividades, aunque pudieran estar vinculadas de un modo que puede o no producir una sociedad. Tal es el punto fundamental de alejamiento entre las dos versiones. Ser social ya no es una propiedad segura y no problemática, es un movimiento que puede no rastrear nuevas conexiones y puede no rediseñar ningún ensamblado *bien-formado*. Como aprenderemos a lo largo de este libro, a pesar de haber prestado muchos servicios útiles en un período anterior, lo que se llama “explicación social” se ha vuel-

5. Si bien el estudio de la práctica científica ha dado el mayor ímpetu para esta definición alternativa de lo social, no la abordaremos hasta que se haya definido la cuarta incertidumbre. Véase pág. 129.

6. Recién en la parte II, págs. 333-4, veremos cómo reformular esta oposición de un modo más sutil que con una inversión de causa y efecto.

to una manera contraproducente de *interrumpir* el movimiento de las asociaciones en vez de retomarlo.

De acuerdo con el segundo enfoque, quienes adhieren al primero simplemente han confundido lo que deben explicar con la explicación. Comienzan por la sociedad u otros agregados sociales, mientras que deberían culminar con ellos. Creen que lo social está hecho esencialmente de vínculos sociales, mientras que las asociaciones están hechas de vínculos que son no sociales en sí mismos. Imaginaron que la sociología se limitaba a un dominio específico, mientras que los sociólogos deberían dirigirse a cualquier sitio donde se hagan nuevas asociaciones heterogéneas. Creyeron que lo social siempre estaba allí, a su disposición, mientras que lo social no es un tipo de cosa visible o que deba ser postulada. Es visible sólo por los *rastros* que deja (al enfrentar pruebas) cuando se está produciendo una *nueva* asociación entre elementos que en sí mismos no son “sociales” en ningún sentido. Insistieron en que ya estamos dominados por la fuerza de alguna sociedad cuando nuestro futuro político reside en la tarea de decidir lo que nos une a todos. En síntesis, la segunda escuela sostiene que *retoma* la tarea de relación y recolección que fue abruptamente interrumpida por la primera. Este libro fue escrito para ayudar a los investigadores interesados a reensamblar lo social.

A lo largo de este texto aprenderemos a distinguir la sociología estándar de lo social de una subfamilia más radical que llamaré *sociología crítica*.⁷ Esta última rama será definida por los siguientes tres rasgos: no se *limita* solamente a lo social sino que *reemplaza* el objeto a estudiar por otra materia hecha de relaciones sociales, sostiene que esta sustitución es insoportable para los actores sociales que *necesitan* vivir bajo la ilusión de que hay “otra” cosa que lo social allí y considera que las objeciones de los

7. Para una distinción entre sociología crítica y sociología de la crítica, véanse Luc Boltanski y Laurent Thévenot (de próxima aparición), *On Justification (Sobre la justificación)*; Luc Boltanski y Laurent Thévenot (1999), “The sociology of critical capacity”, y especialmente Luc Boltanski (1990), *L'amour et la justice comme compétences*. Si resultara necesario establecer alguna continuidad con la sociología de lo social, tendré que confrontar la sociología crítica y su “ilusión de una ilusión”.

actores a sus explicaciones sociales son la mejor *prueba* de que esas explicaciones son correctas.

Para clarificar, llamaré al primer enfoque “sociología de lo social” y al segundo “sociología de las asociaciones” (quisiera poder usar “asociología”). Sé que esto es muy injusto respecto de los muchos matices de las ciencias sociales que he guardado en el mismo saco, pero es aceptable para una introducción que debe ser muy precisa respecto de los razonamientos poco conocidos que busca describir y sólo bosqueja el terreno conocido. Se me puede perdonar esta tosquedad porque hay muchas excelentes introducciones a la sociología de lo social, pero ninguna, hasta dónde sé, de este pequeño subcampo de la teoría social⁸ que ha sido llamado..., pensándolo bien, ¿cómo se lo llamará? Desgraciadamente el nombre histórico es “teoría del actor-red” (TAR), nombre que es tan torpe, tan confuso, tan falto de sentido, que merece ser preservado. Si, por ejemplo, el autor de una guía de viajes tiene la libertad de proponer nuevos comentarios sobre la región que ha elegido presentar, sin embargo no tiene la libertad de cambiar su nombre más común dado que el cartel de señalización más conocido es el mejor. Al fin de cuentas, el origen del término “América” es aún más torpe. Estaba por dejar de lado esta etiqueta a favor de algo más elaborado como “sociología de la traducción”, “ontología del actante-rizoma”, “sociología de la innovación”, etc., hasta que alguien me señaló que la sigla TAR era perfectamente adecuada para un viajero ciego, miope, adicto al trabajo, rastreador y colectivo. ¡Una hormiga* que escribe para otras hormigas, esto encaja muy bien con mi proyecto!⁹ Ide-

8. Se presenta una reciente guía en John Law (2004), *After Method: Mess in Social Science Research*; Andrew Barry (2001), *Political Machines. Governing a Technological Society*, y Anne-Marie Mol (2003), *The Body Multiple: Ontology in Medical Practice (Science and Cultural Theory)* también pueden considerarse una buena introducción junto con Bruno Latour (1996), *Aramis or the Love of Technology*.

* En inglés la sigla utilizada para actor-network-theory es ANT. La palabra “ant” en inglés significa hormiga. El autor hace aquí un juego de palabras con este significado de *ant*-hormiga. La expresión utilizada habitualmente en castellano es teoría del actor-red y la sigla que utilizamos en esta traducción al español es TAR [n. del t].

9. Debo disculparme por asumir aquí una posición contraria en Bruno

almente, el término “sociología” es el que mejor funcionaría, pero no puede ser utilizado sin que sus dos componentes –lo que es social y lo que es ciencia– hayan sido actualizados. Pero a medida que avancemos en este libro lo utilizaré cada vez más, reservando la expresión “sociología de lo social” para designar el repertorio al que otros científicos sociales, de acuerdo con mi punto de vista, están demasiado dispuestos a limitarse.

*Cómo orientarse en la literatura editada
bajo el rótulo de teoría del actor-red*

La mayor parte de la bibliografía relevante puede encontrarse en el excelente sitio web “the Actor Network Resource” mantenido por John Law.¹⁰ El origen de este abordaje puede encontrarse en la necesidad de una nueva teoría social adaptada a los estudios sobre la ciencia y la tecnología (Callon y Latour, 1981). Pero comenzó seriamente con tres documentos (Latour, 1988b; Callon, 1986; Law, 1986b). Fue en este punto que no-humanos –microbios, vieiras, rocas y barcos– se presentaron ante la teoría social de un modo nuevo. Como explico en la pág. 129 al analizar la cuarta incertidumbre, fue la primera vez que los objetos de la ciencia y la tecnología se volvieron para mí, por decirlo así, compatibles con lo social. La base filosófica de este razonamiento fue presentada en la segunda parte de Latour, 1988a, aunque de un modo que lo hacía difícil de entender.

Desde entonces, este abordaje se ha desplazado en muchas direcciones, siendo revisado y criticado por varios trabajos enumerados en el sitio de Law. Si bien no hay ninguna prueba clara de pertenencia a la TAR, se pueden proponer algunos criterios *ad hoc* e improvisados. No hace falta decir que esta interpretación de la TAR sólo

Latour (1999c), “On Recalling ANT”. Mientras que entonces critiqué todos los elementos de su horrible expresión, incluido el guión, ahora defenderé a todos ellos, *incluido* el guión.

10. Véase <http://www.lancs.ac.uk/FSS/sociology/css/antres.htm>.

representa mi punto de vista. Este libro no apunta a una presentación más colectiva sino más sistemática. A continuación, algunas de las pruebas que me han resultado más útiles.

Una de ellas es el rol preciso que se le reconoce a los no-humanos. Deben ser *actores* (véase la definición en pág. 96) y no simplemente los infelices portadores de una proyección simbólica. Pero esta actividad no debería ser el tipo de agencia asociada hasta ahora con las cuestiones de hecho o los objetos naturales. Por lo tanto si una explicación emplea un tipo de causalidad simbólica o naturalista, no hay motivo para incluirla en el *corpus* de la TAR, aunque se diga parte del mismo. Inversamente, cualquier investigación que asigne a los no-humanos un tipo de iniciativa más abierta que la causalidad natural tradicional –pero más eficiente que la simbólica– puede ser parte de nuestro *corpus*, aunque algunos de los autores no quisieran estar asociados de ningún modo con este enfoque. Por ejemplo, un libro biológico (Kupiec y Sonigo, 2000) podría pertenecer a la TAR por el nuevo rol activo asignado al gen.

Otra prueba es verificar en qué sentido va la explicación. La lista de lo que es social ¿incluye al final el mismo repertorio limitado que ha sido utilizado para explicar y hacer desvanecer la mayoría de los elementos? Si lo social permanece estable y es usado para explicar un estado de cosas, no es una TAR. Por ejemplo, por más esclarecedor que haya sido para todos, *Social Shaping of Technology* (Bijker, 1995) no sería parte del *corpus* bibliográfico de la TAR ya que lo social se mantiene estable en todo momento y explica la forma del cambio tecnológico. Pero McNeill (1976), aunque de ningún modo sea un autor de la TAR, podría ser incluido, dado que lo que se debe asociar es modificado por la inclusión de ratas, virus y microbios en la definición de lo que debe “reunirse” en un imperio. En este sentido, un libro como el de Cronon (1991) es por cierto una obra maestra de la TAR porque no se agrega fuerza social oculta alguna para explicar la composición progresiva de la metrópolis. Lo mismo vale para el trabajo realizado en el campo de la cognición distribuida (Hutchins, 1995). Esto es también lo que hace que gran parte

de la historia de la ciencia y la tecnología sea importante para nuestro programa y que la sociología del arte haya sido una compañera constante, especialmente a través de la influencia de Hennion (1993).

Una tercera prueba, más difícil, sería verificar si un estudio apunta a reensamblar lo social o sigue insistiendo en la dispersión y la deconstrucción. Se ha confundido a la TAR con el énfasis posmoderno en la crítica de las “grandes narrativas” y del punto de vista “eurocéntrico” o “hegemónico”. Ésta es sin embargo una visión muy equivocada. La dispersión, la destrucción y la deconstrucción no son las metas a lograr sino lo que hay que superar. Es mucho más importante verificar cuáles son las nuevas instituciones, procedimientos y conceptos capaces de reunir y de volver a relacionar lo social (Callon *et al.*, 2001; Latour, 2004b).

Es cierto que, en la mayoría de las situaciones, recurrir a la sociología de lo social no sólo es razonable sino también indispensable, dado que ofrece una taquigrafía conveniente para designar todos los ingredientes ya *aceptados* en el reino de lo colectivo. Sería tonto además de pedante abstenerse de usar nociones tales como “IBM”, “Francia”, “cultura maorí”, “movilidad ascendente”, “totalitarismo”, “socialización”, “clase media baja”, “contexto político”, “capital social”, “ajuste”, “construcción social”, “agente individual”, “impulsos inconscientes”, “presión de los pares”, etc. Pero en las situaciones en las que proliferan las innovaciones, en las que son inciertas las fronteras de los grupos, en las que fluctúa la variedad de entidades a considerar, la sociología de lo social ya no es capaz de rastrear las nuevas asociaciones de los actores. En este punto, lo último que debería hacerse es limitar por adelantado la forma, el tamaño, la heterogeneidad y la combinación de las asociaciones. Hay que sustituir la conveniente taquigrafía de lo social por la dolorosa y costosa escritura no taquigráfica de las asociaciones. Los deberes del científico social cambian en consecuencia: ya no es suficiente limitar a los actores al rol de informantes que ofrecen casos de algunos tipos muy conocidos. Hay que restituirles la capacidad de crear sus propias teorías de lo que compone lo social. La tarea ya no es imponer algún orden,

limitar la variedad de entidades aceptables, enseñar a los actores lo que son o agregar algo de reflexividad a su práctica ciega. De acuerdo con una consigna de la TAR, hay que “seguir a los actores mismos”, es decir, tratar de ponerse al día con sus innovaciones a menudo alocadas, para aprender de ellas en qué se ha convertido la existencia colectiva en manos de sus actores, qué métodos han elaborado para hacer que todo encaje, qué descripciones podrían definir mejor las nuevas asociaciones que se han visto obligados a establecer. Si la sociología de lo social funciona bien con lo que ya ha sido *ensamblado*, no funciona tan bien cuando se trata de hacer una nueva recopilación de los participantes en lo que no es *aún* una especie de dominio social.

Una manera más extrema de relacionar las dos escuelas es tomar prestado un paralelo algo engañoso de la historia de la física y decir que la sociología de lo social es “prerrelativista”, mientras que nuestra sociología tiene que ser plenamente “relativista”. En la mayoría de los casos comunes, por ejemplo en situaciones que cambian lentamente, el marco prerrelativista está perfectamente bien y cualquier marco de referencia fijo puede registrar la acción sin demasiada deformación. Pero en cuanto las cosas comienzan a acelerarse, proliferan las innovaciones y se multiplican las entidades, si se usa un marco absolutista para generar datos todo se vuelve insalvablemente confuso. Es entonces cuando se tiene que idear una solución relativista para poder seguir pasando de un marco de referencia a otro y recuperar algún tipo de conmensurabilidad entre rastros que provienen de marcos que se desplazan con velocidades y aceleraciones muy diferentes. Dado que la teoría de la relatividad es un ejemplo conocido de un cambio importante en nuestro aparato mental, provocado por preguntas muy básicas, puede utilizarse como un buen paralelo de la manera en que la sociología de las asociaciones invierte y generaliza la sociología de lo social.

En lo que sigue no estoy interesado en refutar –demostrar que otras teorías sociales están equivocadas– sino en proponer. ¿Hasta dónde se puede llegar suspendiendo la hipótesis de sentido común de que la existencia de un dominio social ofrece un marco de referencia legítimo para las ciencias sociales?¹¹ ¿Si los físicos a

11. Si mi tratamiento de la sociología de lo social parece duro y si me

comienzos del siglo pasado pudieron terminar con la solución de sentido común de un éter absolutamente rígido e indefinidamente plástico, pueden los sociólogos descubrir nuevas posibilidades de viajar, abandonando la noción de una sustancia social como una “hipótesis superflua”? Esta posición es tan extrema, sus posibilidades de éxito tan escasas, que no veo motivo para ser justo y exhaustivo con las alternativas perfectamente razonables que en cualquier caso la harían añicos. Por lo que seré dogmático y a menudo parcial para demostrar claramente el contraste entre los dos puntos de vista. En compensación por esta falta de equidad, trataré de ser lo más coherente posible al sacar las conclusiones más extremas de la posición con la que he elegido experimentar. Mi prueba será ver cuántas nuevas cuestiones pueden sacarse a la luz, cumpliendo firmemente, incluso ciegamente, todas las obligaciones que nos fuerza a obedecer este nuevo punto de partida. La prueba última será verificar al final del libro si la sociología de las asociaciones ha podido tomar la posta de la sociología de lo social, siguiendo diferentes tipos de conexiones nuevas y más activas, y si ha podido heredar todo lo que era legítimo de los objetivos de una ciencia de lo social. Como de costumbre, el lector será el encargado de decidir si este intento ha tenido éxito.

Para aquellos que gustan encontrar los orígenes de una disciplina en algún ancestro venerable, vale la pena señalar que esta distinción entre dos maneras contrastadas de entender las tareas de la ciencia social no es nada nuevo. Ya estaba planteada al comienzo mismo de la disciplina (al menos en Francia) en la temprana disputa entre Gabriel Tarde, el mayor, y Emile Durkheim, el ganador.¹² Tarde siempre se quejó de que Durkheim había abandona-

muestro realmente obcecado con la sociología crítica, esto será sólo por ahora. Aprenderemos a su debido tiempo a recuperar lo que tenían de correcto en sus intuiciones originales. Si la noción clave de estándares (parte II, pág. 314) nos permite hacer justicia plena a la sociología de lo social, la sociología crítica tendrá que esperar, me temo, hasta la conclusión, cuando abordaremos la cuestión de la relevancia política.

12. La única introducción extensa a Tarde que existe en inglés es Gabriel Tarde y Terry C. Clark (1969), *On Communication and Social Influence*. Para una visión más reciente véase Bruno Latour (2002), “Gabriel Tarde and the End of the Social”. Hay disponible una traducción más antigua *online* de Gabriel Tarde (1899/2000), *Social Laws: An Outline of Sociology*.

do la tarea de explicar la sociedad, confundiendo causa y efecto, reemplazando la comprensión del vínculo social con un proyecto político que apuntaba a la ingeniería social. Contra este retador más joven, sostuvo vigorosamente que lo social no era un dominio especial de la realidad sino un principio de conexiones; que no había motivo para separar "lo social" de otras asociaciones como los organismos biológicos o incluso los átomos; que no había necesidad de ninguna ruptura con la filosofía y especialmente con la metafísica para convertirse en científico social; que la sociología en efecto era una especie de inter-psicología;¹³ que el estudio de la innovación, y especialmente de la ciencia y la tecnología, era el área de crecimiento de la teoría social y que la economía debía rehacerse de arriba abajo en vez de usarse como una vaga metáfora para describir el cálculo de intereses. Por encima de todo, consideró lo social como un fluido circulante que debía seguirse con métodos nuevos y no un tipo de organismo nuevo. No necesitamos aceptar todas las expresiones idiosincrásicas de Tarde —y hay muchas—, pero en la galería de los retratos de predecesores eminentes es uno de los pocos, junto con Harold Garfinkel, que creyó que la sociología podía ser una ciencia que explicara cómo se sostiene unida la sociedad, en vez de usar la sociedad para explicar otra cosa o ayudar a resolver una de las cuestiones políticas de la época. Que Tarde fuera totalmente derrotado por los sociólogos de lo social, hasta el punto de ser acorralado en una existencia fantasmal por un siglo, no demuestra que estuviera equivocado. Por el contrario, simplemente hace aún más necesario este libro. Estoy convencido de que si la sociología hubiese heredado más de Tarde (por no mencionar a Comte, Spencer, Durkheim y Weber), podría haber sido una disciplina aún más relevante. Aún tiene los recursos necesarios para lograrlo, como veremos al final de este libro. Las dos tradiciones pueden reconciliarse fácilmente, siendo la segunda simplemente la reanudación de la tarea que la primera creyó cumplida demasiado rápido. Los factores reunidos en el pasado bajo la etiqueta de "dominio social" son simplemente algunos de los elementos a ser reunidos en el futuro en lo que llamaré no una sociedad sino un *colectivo*.

13. Por oposición a *intra*-psicología, sobre la que guardó casi completo silencio, véase Gabriel Tarde (1895/1999), *Monadologie et sociologie*.

*Gabriel Tarde. Un precursor alternativo
para una teoría social alternativa*

Gabriel Tarde (1843-1904) fue juez y luego criminólogo autodidacta, se convirtió en el predecesor de Bergson en el Collège de France.

Unas pocas citas darán una idea del fuerte contraste entre las dos líneas de pensamiento. He aquí la definición de Tarde de sociedad:

Pero esto significa que todo es una sociedad y que todas las cosas son sociedades. Y es bastante llamativo que la ciencia, por una secuencia lógica de sus movimientos anteriores, tienda a generalizar extrañamente la noción de sociedad. Habla de sociedades celulares, ¿por qué no de sociedades atómicas? Por no mencionar sociedades de estrellas, sistemas solares. Todas las ciencias parecen destinadas a convertirse en ramas de la sociología (Tarde, 1999, pág. 58).

Es interesante saber que Tarde fue jefe de un instituto estadístico por muchos años y siempre tuvo igual confianza en las monografías y los datos cuantitativos, pero estaba en desacuerdo con Durkheim respecto del tipo de *quantum* que la sociología debía rastrear.

Generalizando las mónadas de Leibniz, pero sin Dios, el proyecto de Tarde revierte el vínculo entre micro y macro:

En una multitud de formas, aunque en escala menor, siempre aparece el mismo error, a saber, el error de creer que, para ver la aparición gradual de regularidad, orden y lógica en los fenómenos sociales, debemos salir de los detalles, que son esencialmente irregulares, y elevarnos lo suficiente como para tener una vista panorámica del efecto general; que la fuente y base de toda coordinación social es algún hecho general del que desciende gradualmente a los hechos particulares, aunque disminuyendo siempre su fuerza; en síntesis, que el hombre actúa pero lo guía una ley de la evolución. Sostengo lo contrario, en cierto sentido (Tarde, 1899/2000, pág. 75).

Esto explica la oposición radical con Durkheim, una generación más joven que Tarde:

Esta concepción, de hecho, es el opuesto más exacto de la noción de los evolucionistas unilineales y de la de Durkheim. En vez de explicar todo por la supuesta supremacía de una ley de la evolución, que obliga a los fenómenos colectivos a reproducirse y repetirse indefinidamente en un cierto orden, en vez de explicar hechos menores por los mayores, y la parte por el todo, explico los parecidos colectivos del todo por la reunión de actos elementales mínimos, explico lo mayor por lo menor y el todo por la parte. Este modo de ver los fenómenos está destinado a producir una transformación en sociología similar a la producida en matemáticas por la introducción del cálculo infinitesimal (Tarde, 1899/2000, pág. 35).

La razón por la que Tarde puede aparecer como un ancestro temprano de la TAR es que su mejor ejemplo de una conexión social es siempre la historia y la sociología de la ciencia:

En cuanto a la estructura de la ciencia, probablemente el más imponente edificio humano, no hay duda posible. Fue construida a plena luz de la historia y podemos seguir su desarrollo casi desde sus comienzos hasta nuestros tiempos [...]. Todo aquí se origina en el individuo, no sólo los materiales sino el diseño general del todo y los bosquejos detallados también. Todo, incluyendo lo que ahora está difundido en todas las mentes cultas e incluso se enseña en la escuela primaria, comenzó como el secreto de alguna mente individual, en la que una llama, tenue y parpadeante, lanzó sus rayos, al comienzo sólo con un alcance limitado y enfrentando aún entonces muchos obstáculos, pero haciéndose más luminosa al extenderse, convirtiéndose a la larga en una iluminación brillante. Ahora, si bien parece claramente evidente que la ciencia se construyó así, no es menos cierto que la construcción de todo dogma, código legal, gobierno o régimen económico se dio del mismo modo; y si cabe alguna duda respecto del lenguaje y la ética, debido a que la oscuridad de su origen y la lentitud de sus transformaciones los aleja de la observación durante la mayor parte de su curso, ¿acaso no es altamente probable que su evolución haya seguido el mismo camino? (Tarde, 1899/2000, págs. 84-5).

Las entidades con las que se maneja Tarde no son personas sino innovaciones, *quanta* de cambio que tienen vida propia.

Es por esto que cualquier producción social que tenga alguna característica marcada, sea un producto industrial, un verso, una fórmula, una idea política que apareció un día en alguna parte en un rincón de un cerebro, sueña como Alejandro con conquistar el mundo, trata de multiplicarse por miles y millones de copias en todas partes donde hay seres humanos y nunca se detendrá salvo si es contenida por una producción rival tan ambiciosa como ella (Tarde, 1895/1999, pág. 96).

Lo que es más útil para la TAR es que Tarde no hace que lo social rompa con la filosofía o incluso con la metafísica:

Existir es diferir; la diferencia en un sentido es el lado sustancial de las cosas, lo que más tienen en común y lo que las hace más diferentes. Se debe partir de esta diferencia y abstenerse de tratar de explicarla, especialmente comenzando por la identidad, como lo hace equivocadamente tanta gente. Porque la identidad es un mínimo y, por lo tanto, un tipo de diferencia, y un tipo muy raro, del mismo modo que el descanso es un tipo de movimiento y el círculo un tipo de elipse. Comenzar por alguna identidad primordial implica en el origen una singularidad prodigiosamente improbable, o si no el oscuro misterio de un ser simple que se divide por ninguna razón en particular (Tarde, 1895/1999, pág. 73).

Este libro acerca de cómo utilizar la TAR para reensamblar las relaciones sociales está organizado en tres partes, correspondientes a las tres tareas que la sociología de lo social ha reducido a una misma cosa por razones que ya no se justifican:

¿Cómo *desplegar* las muchas controversias acerca de las asociaciones sin restringir por adelantado lo social a un dominio específico?

¿Cómo hacer plenamente rastreables los medios que permiten a los actores *estabilizar* esas controversias?

¿A través de qué *procedimientos* es posible reensamblar lo social no en una sociedad sino en un colectivo?

En la primera parte mostraré por qué no debemos limitar por adelantado el tipo de seres que pueblan el mundo social. Las ciencias sociales se han vuelto demasiado tímidas en el despliegue de la mera complejidad de las asociaciones que han encontrado.¹⁴ Sostendré que es posible alimentarse, por decirlo así, con controversias y aprender a ser buenos relativistas, que sin duda es una preparación indispensable para aventurarse en un territorio nuevo. En la segunda parte, mostraré cómo es posible hacer rastreables las conexiones sociales siguiendo el trabajo realizado para estabilizar las controversias de la primera parte. Al tomar una metáfora de la cartografía, podría decir que la TAR ha tratado de hacer lo más *plano* posible el mundo social para asegurar que el establecimiento de cualquier vínculo nuevo sea claramente visible. Finalmente, terminaré por mostrar por qué la tarea de ensamblar lo colectivo vale la pena, pero sólo después de abandonar el atajo de la sociedad y la “explicación social”. Si es cierto que las visiones de la sociedad ofrecidas por los sociólogos de lo social fueron principalmente un modo de asegurar la paz civil cuando el modernismo estaba en marcha,¹⁵ ¿qué tipo de vida colectiva y qué tipo de conocimientos deben recoger los sociólogos de las asociaciones cuando la modernización ha sido puesta en duda y la tarea de encontrar maneras de cohabitar sigue siendo más importante que nunca?

En algunos sentidos este libro semeja una guía de viaje por un terreno que es a la vez completamente banal —no es más que el mundo social al que estamos acostumbrados— y completamente exótico: tendremos que aprender a bajar la velocidad con cada paso. Si a los estudiosos serios no les parece digno comparar una introducción a una ciencia con una guía de viaje, les recordamos amablemente que “dónde viajar” y “qué es lo que vale la pena

14. He dejado de lado en este libro la cuestión de la sociología cuantitativa, no porque crea más en los datos cualitativos, sino porque la definición misma de qué *quantum* considerar es lo que está en juego en las diferentes definiciones del vector social que voy a seguir aquí.

15. La primera aparición de los términos “sociología” y “ciencias sociales” se dio en el famoso panfleto *Qu'est-ce que le Tiers-Etat?* de Emmanuel Joseph Sieyès (1748-1836) para designar una fusión de todas las “ciencias camerales” en un arte de gobierno, véase Frédéric Audren, “Les juristes et les sociologues”.

ver allí” no es más que una manera de decir con claridad lo que generalmente se expresa con el pomposo nombre griego de “método” o, aún peor, “metodología”. La ventaja de un libro de viaje como enfoque respecto de un “discurso sobre el método” es que no puede ser confundido con el territorio al que simplemente se superpone. Una guía puede ser usada tanto como olvidada, puesta en una mochila, manchada con grasa y café, escrita; se pueden arrancar sus páginas para encender un fuego y hacer carne asada. En síntesis, ofrece sugerencias en lugar de imponerse al lector. Dicho esto, éste no es un libro para poner como adorno en una mesa de centro, que ofrezca vistas brillantes del paisaje a los ojos del visitante demasiado perezoso como para viajar. Está dirigido a profesionales como un libro práctico, que busca ayudarlos a ubicarse *una vez* que están empantanados en el territorio. Temo que para otros será totalmente opaco, dado que los vínculos sociales a rastrear jamás parecen aquellos que han sido entrenados para seguir.